



Mi identidad

Mario Alberto Perdomo

Jamás me había detenido seriamente a reflexionar sobre la identidad. Cuando lo he hecho he descubierto varias cosas. Primero: nunca hasta ahora me había parado a pensar sobre el asunto con un mínimo rigor. Segundo: mi posición sobre el tema ha estado cogida con alfileres. Tercero: mi noción acerca de la identidad ha estado basada en tres o cuatro tópicos, en un puñado de ideas mal asimiladas que me he creído a pies juntillas. Cuarto: al menos yo, soy incapaz de desentrañar qué es la identidad colectiva, ya sea la conejera, la canaria, la europea... Quinto: me da igual 'la' identidad o 'mi' identidad. Sexto: en relación con la identidad, a lo más lejos que puedo llegar es a entender qué rayos es 'mi' identidad. Séptimo: no me creo nada que acontezca fuera, en los alrededores, que no tenga que ver con lo que me sucede dentro, es decir, 'paso' de ver el mundo de una manera y verme yo de otra; me prefiero más ¿unificado?

Hechas estas aclaraciones previas debo apuntar que toda aproximación que he podido realizar acerca de 'la' identidad, mejor dicho 'mi' identidad, ha estado estrechamente unida a la reflexión en torno a quién soy. No 'qué' soy, ni 'cómo' soy... sino quién soy. Este itinerario conscientemente emprendido me ha llevado a replantearme casi todo en torno al sentido de la vida.

Lo primero que he descubierto es que no puedo partir de la aceptación del sistema de ideas dominante y ampliamente extendido en la

*'Mi' identidad
ha estado
estrchamente
unida a la refle-
xión en torno a
quién soy.
No 'que' soy, ni
'como' soy...
sino quién soy*

cultura contemporánea. Cuando lo hago, me doy cuenta de que lo único que consigo es incrementar mi confusión y mi división interna. Es decir, no me aclaro y, además, no me reconozco en las conclusiones finales que pudiera alcanzar. Así que procedo de otra manera. Digamos que no me creo, en general, lo que la cultura, la civilización, dice que soy y me encamino por otra senda, que no es otra que tratar de averiguarme desde mi propia experiencia, partiendo de que no sé nada. Trato de colgar todas mis ideas acerca del mundo y la vida en el perchero más cercano y observo mi propio ritmo vital. Cuando lo he hecho me he acercado a mi propia realidad, que no es poco, por cierto.

Esto de la identidad planteada desde el mundo de las ideologías es una reflexión que no conduce a ningún sitio; es un debate estéril y falso. Planteada desde mi experiencia, en cambio, me permite resituarme ante mí mismo y ante los demás en un entorno determinado, aquí, en esta Isla, de lo que resulta una triple dimensión de lo más sugerente: yo, el otro y el entorno. Partir de uno para conectar con los demás y con el espacio físico sobre el que la vida acontece.

Existe la creencia de que se es, individual o colectivamente, fruto sólo de un cúmulo de factores externos. En nuestro caso, el haber nacido en Lanzarote, en una época determinada, en un ambiente familiar dado, en un modo de producción con tales manifestaciones sociales y culturales... y, a partir de ahí, cabe la posibilidad de irse construyendo echando mano de herramientas como el humanismo que equilibren los efectos nocivos de la cultura de masas. Uno sería algo así como la resultante de los grandes valores de la humanidad —el equilibrio con la naturaleza, la justicia, la solidaridad, la equidad...—, de lo que la tele-basura hace con cada uno de nosotros, de la forma como la cultura local ha encarado la vida, de lo que creemos que hemos aprendido a través de la educación... y, añadido, del proceso propio de búsqueda interior.

*En uno mismo
no hay una
identidad, sino
múltiples y
cambiantes
identidades que
se encuentran
en movimiento
permanente*

Desde esa perspectiva más integral, rápidamente se llega a la conclusión de que en uno mismo no hay una identidad, sino múltiples y cambiantes identidades que, además, se encuentran en movimiento permanente. Y lo mismo acontece en el plano de la identidad colectiva: no hay una identidad conejera, sino identidades conejeras. En mí hay algo de lo que era Lanzarote hace treinta años y que viví, poco, tanto en el plano económico, cuanto en el lúdico y sentimental, las manifestaciones festivas, las representaciones culturales, la niñez en la bajamar, lo simbólico, la percepción del paisaje... y, cómo no, los cambios radicales habidos en la economía

isleña en las tres últimas décadas. También el hecho insular, este hecho insular, ha sido interiorizado a través del mar como frontera, el habla, la falta de agua, el valor de todo lo escaso o la manera de encarar la producción de la tierra. Sin olvidar que la dictadura y sus valores nocivos influyeron, pues Franco vivía cuando toqué la adolescencia, con toda la carga represiva que ello comporta. Luego salí fuera y aprendí cosas, leí, estudié, fui al cine, conocí personas, hablé, conecté con la ecología y todo eso. Vale, pero ¿quién soy?

Todo lo antedicho, y más, ayuda a conformar una respuesta en torno a quién soy. Ayuda, pero no la ofrece del todo. Eso es qué o cómo soy. La respuesta al quién la atisbo mejor en el añadido antes citado acerca del proceso de búsqueda interior, en el ámbito de la naturaleza íntima, en los adentros inexplorados, en indagar más allá de la creencia de que somos un conjunto de ideas en torno a nosotros mismos y a nuestro mundo interno. Porque, con independencia de todo lo señalado, al menos a mí me pasan cosas por dentro, cosas que nadie jamás me ha enseñado qué hacer con ellas, cosas como el miedo en sus diferentes variantes, las inseguridades, los celos, el amor y el desamor, la envidia, el dolor, el apego y el desapego, los afectos y los desafectos, la posesión, convertir mi vida en un proyecto de futuro, los prejuicios, la incapacidad para ver al otro —no digo mirarlo—... Un montón de cosas que me han acompañado siempre, que me han causado enorme confusión y con las cuales nunca he sabido qué hacer ni cómo manejarlas con ellas.

Lo que siempre he hecho con esas cosas es considerarlas desviaciones de mi única y cierta realidad que, es creencia generalizada, habita en el mundo de la razón, del intelecto. Todo lo que no se rigiera por el pensamiento lógico deductivo era una desviación. Así que traté de echarle más pensamiento al asunto. Pero no funcionaba. Seguía roto por dentro, seguía sin entender. Una vez decidí invertir los términos: ¿Y si me detengo en eso que me pasa por dentro, en lo que se tacha de irracional? Vislumbré entonces un atisbo de luz. Ya se lo decía Pepito Grillo a Pinocho cuando el muñeco de madera cobra vida: “La consciencia es esa vocecita interior que todos llevamos dentro y a la que no le hacemos caso”, o algo así, o el inicio de un tránsito que nos acerca al sentido de la vida y ayuda a despejar el interrogante acerca de quién soy.

También soy eso que anida en los adentros, que no ‘se enseña’ en el seno de la familia, ni ‘lo enseñan’ las religiones, ni el sistema educativo, ni las democracias, ni el capitalismo, ni las dictaduras, ni lo enseñaron lo griegos, ni los romanos, ni los soviéticos, ni los

No hay otro proceso tan transformador que, partiendo de la propia realidad, pueda transformar la esfera colectiva

*A los demás te
los encuentras,
por primera vez,
en el camino
cuando uno
está consigo
mismo*

chinos... y que, cuando lo han intentado o lo intentan, lo hacen fatal. Eso que he negado, he ocultado o he pospuesto. Aceptando esos hechos mi mirada varió radicalmente. Aflojé la actividad mental a través de la cual se manifiestan los conflictos. Ya no soy una imagen rígida de mí mismo, sino un ser complejo e inmerso en un proceso de transformación permanente; soy de múltiples maneras según cada instante que vivo. El pasado es sólo pasado, ayuda a entender, y el futuro simplemente no existe. Nos pasamos la vida, cada momento del presente, tratando en el mejor de los casos de entender el pasado e imaginando el mañana proyectando deseos, y dejamos de lado lo único que nos pertenece, el único instante en el que de verdad 'somos': el presente. Mira que he pensado, leído y debatido sobre estos temas, pero nada. Creo que no hay otro proceso tan transformador que, partiendo de la propia realidad, pueda transformar la esfera colectiva y en el que la vigencia de lo transformado pierda tanta fuerza y presencia como el que, tradicionalmente, se otorga a la identidad, entendida equivocadamente como algo estático, como una foto fija de un instante, en general, del pasado. Parece más fructífero no dar nada por sabido y tratar de comprender. Sí, pero qué, dónde, cómo, con quién... Eso es asunto de cada cual.

¿Y con los demás qué? A los demás te los encuentras, por vez primera, en el camino cuando uno está consigo mismo. Da igual su raza, su lugar de origen, su cultura... Da igual. Entonces la identidad, tal y como se suele entender, da igual, cuando uno se reconoce en el otro, en la comunicación interna y en la relación, tal que dos gotas de agua: ¿A qué detenerse, entonces, a debatir algo completamente superfluo? Es válido y rico en cuanto permite desmontar falsos axiomas, pero, para mí, identidad, como vida, no es otra cosa que escuchar atentamente el latido interno propio y del otro. Es decir, acompañar(se) en el sentimiento. En serio.